

PERSONAJES DE LA ESCUELA «FACULTAD DE VETERINARIA» DE LEÓN. VIII

Por Miguel Cordero del Campillo

TORIBIO JULIAN FERRERO LOPEZ (1902-1979)

1. LAS RAICES

Nació Toribio (9-I-1902) en el seno de una familia modesta. Su padre, don Toribio Ferrero Rubio, tocaba el clarinete en la banda del Regimiento de Infantería Burgos n.º 36, que guarnecía la ciudad de León. Era natural de La Bañeza (León), donde también habían nacido sus padres, don Manuel y doña Rosa. La madre, doña María del Carmen López Merille, vino al mundo en San Andrés de Montejos, cerca de Ponferrada (León), hija de don Matías y doña Concepción, gallegos de Quiroga (Lugo). De sus progenitores heredó Toribio gusto y aptitudes estéticas -afición a la música y buenas condiciones de dibujante- así como su gran amor a las tierras de León, compartido con una fuerte atracción por Galicia.

De la rama materna vino a León su tío don David López Merille, funcionario de la Diputación Provincial, hábil dibujante, autor de innumerables pergaminos

An. Fac. Vet. León. 1986, 32, 389-402



*A mi querida mamá.
Paris 26-X-33.*

para honrar a homenajeados de León y fuera de él. Sucumbió trágicamente en el incendio de la «Tintorería Habanera», situada en la calle de las Cercas, en el tramo de muralla construida por Alfonso XI, entre San Francisco y Puertamoneda.

El matrimonio Ferrero-López tuvo varias hijas, fallecidas en la infancia, y tres varones: Toribio-Julián, Manuel y Julio. La familia se domicilió primero en la calle Puerta del Sol, núm. 1, donde nació Toribio. De allí pasó a la calle del Teatro, núm. 7, en la esquina situada frente al ayuntamiento y, más tarde, se trasladó a la calle de Ramón y Cajal, núm. 12 (o 17, como aparece en algunos documentos). Posteriormente fueron a vivir a la calle de Pablo Flórez, junto a la antigua sede del *Diario de León*, frente al edificio, ya desaparecido, que albergó la Escuela Pericial de Comercio. Por último, lo que quedaba de la familia, con sobrinos incluidos, se acomodó en la calle del Burgo Nuevo, núm. 5. Aquí falleció Toribio el 1 de noviembre de 1979.

Como tantos y tantos profesionales nacidos de la clase media modesta de León, los Ferrero estudiaron veterinaria, una de las pocas carreras que, con Magisterio, permitía alcanzar una posición digna en la sociedad leonesa. Su padre, que había pasado a la situación de retirado del Ejército en 1928, cuando contaba 54 años de edad, falleció poco después: en 7 de octubre de 1930, su viuda solicita matrícula gratuita para sus hijos alegando tal estado. La pensión que disfrutaba —es un decir— ascendía a 43,60 pesetas mensuales.

Manuel concluyó sus estudios de bachillerato en el Instituto General y Técnico de León y se examinó de parte del preparatorio de Ciencias, que entonces se exigía para ingresar en Veterinaria, en la Facultad de Oviedo (1926-27), donde aprobó Física general, Geología y Biología. La Química general la pasó —con notable— en la Facultad de Ciencias (Químicas) de Salamanca, en el curso 1927-28. Inició la carrera de Veterinaria en el curso 1928-29 y la concluyó en el de 1930-31. En 1 de octubre de 1934 hizo el depósito del título de Veterinario.

Manuel ejerció la profesión en Valdetorres del Jarama (Madrid), como sustituto del veterinario-librero leonés don Antonio Díez Ragel, quien tenía aquella titular en propiedad. En julio de 1936 se encontraba en León, como sus otros hermanos, porque había acudido a acompañar a su madre en el día de su santo, la Virgen del Carmen, el 16 de dicho mes. Al iniciarse la guerra civil, pese a que no pertenecía a ningún partido, se incorporó a las milicias de Acción Popular. En viaje militar hacia Villablino, cerca de Pandorado, la camioneta en cuya caja viajaba, se aproximó a un muro y Manuel recibió un fortísimo golpe en la cabeza, que acabó con su vida. Fue uno de los primeros caídos en la contienda.

Para Julio, su madre solicita matrícula gratuita en 12-XI-1931 en la Escuela de Veterinaria, donde aparece matriculado en el curso 1932-33, como alumno libre. Después de aprobar Matemáticas e Histología, adquiere la condición de oficial en el curso 1933-34. No continuó sus estudios y, años más tarde, ingresó en el Cuerpo Superior de Policía, en el que se jubiló.

2. ESTUDIOS DE TORIBIO-JULIAN

Los cursos oficiales de bachillerato los siguió Toribio en el Instituto de León. Como era entonces habitual, las clases tenían lugar por la mañana, y la tarde se dedicaba al estudio. Toribio acudía al Colegio de Nuestra Señora del Buen Consejo, que regían los PP. Agustinos. De sus años agustinianos y en correspondencia a las facilidades que concedieron los frailes a todos los hermanos Ferrero, le quedó a Toribio un amor por la orden de San Agustín, en la que veía un sentido humano, liberal y condescendiente,

que echaba de menos en otras órdenes religiosas dedicadas a la enseñanza, más rígidas y eficaces, pero menos tolerantes.

Su expediente de bachillerato fue muy brillante, culminado con el premio extraordinario de la Sección de Ciencias del Instituto (1919), así como el premio «Gómez Salazar», otorgado por el obispado de León, para honrar al obispo de dicho nombre. Por cierto, en esta ocasión hubo que dar dos premios Salazar, porque, con Toribio, concluyó el bachillerato uno de los Morros, cuyo expediente era inferior al de Ferrero: don Juan Morros era un influyente médico y director de la Escuela de Veterinaria...

Ingresó en la Escuela de Veterinaria en septiembre de 1919, aplicando las matrículas de honor del último curso de bachillerato, para obtener la matrícula gratuita. Pasó brillantemente todos los cursos de la carrera y fue alumno agregado al servicio facultativo de la cátedra de Patología quirúrgica, Cirugía y Obstetricia. Al concluir los estudios, obtuvo por oposición el «Premio Arango» y, más tarde, el «Premio Uzquiza» de la Junta Provincial de Fomento Pecuario de León, por su trabajo sobre *Producción y comercio de la leche en León*, presentado en certamen público.

Fue pensionado por la Dirección General de Ganadería e Industrias Pecuarias, para ampliar estudios en Francia y Bélgica (*Gaceta* de abril de 1933, pág. 523). Hizo los cursos para la obtención del Diploma de Estudios Superiores de Veterinaria y presentó la memoria correspondiente para conseguir el grado, equivalente al de Dr. en Veterinaria (Decreto de 7-VII-1944, *BOE*, núm. 217).

Como complemento de su preparación en Bromatología y Salud Pública siguió los cursos de Diplomado en Sanidad y obtuvo el Diploma de Especialista en Sanidad Veterinaria, este último en la Facultad de Veterinaria de León.

3. VETERINARIO TITULAR

La primera plaza que ocupó como Inspector Municipal Veterinario, como entonces se llamaban los veterinarios titulares, fue la de Pola de Siero (Asturias), de la que tomó posesión en 20 de junio de 1924. Allí permaneció diecisiete años, diez meses y quince días, según reza su hoja de servicios. Desempeñaba esta titular cuando obtuvo la beca para Francia y Bélgica. Le sucedió en Pola de Siero su amigo don Enrique Robla Contreras.

Pola de Siero tenía entonces unos funcionarios excepcionales. Era secretario del ayuntamiento don Sabino Álvarez Gendín, futuro catedrático de Derecho Administrativo y rector de la Universidad de Oviedo. Como médico titular actuaba don Emilio Zapatero Ballesteros, que sería catedrático de «Higiene y Sanidad» y «Microbiología y Parasitología», en la Facultad de Medicina de la Universidad de Valladolid. Junto a ellos, nuestro veterinario, también vocado a la docencia, que sólo por mala fortuna no llegó a alcanzar la cátedra.

Además de las funciones profesionales que le correspondían, Toribio practicó la generosidad, dando clases gratuitas de cultura general a obreros y agricultores. Allí tuvo también amores, externamente manifestados en paseos por el parque de la villa y en un rico anecdotario, al que nos referiremos más adelante. Todavía se recuerdan diversas muestras de su sentido del humor y su capacidad para la chanza, un tanto sorprendentes para quienes lo conocían superficialmente y esperaban otra cosa de su semblante grave y serio. Se dice que obligó a dormir con el paraguas abierto durante toda la noche, a un compañero que ocupaba una habitación de la planta alta de la fonda, convencido de que había goteras, cuando la realidad era que Toribio, en connivencia con otros huéspedes, le lanzaba intermitentemente un chorro de agua, a través de un

agujero fraguado en la puerta, por medio de una jeringuilla. En Pola de Siero también gastó la broma al mirón que vigilaba las jugadas, apagando la luz y haciéndole creer que se había quedado ciego, mientras todos fingían seguir jugando. Al propio Toribio oímos referir, con pícaro ironía, la anécdota del concejal izquierdista que, recién instalada la II República, reclamó en una sesión municipal:

– Sr. alcalde, todavía quedan signos oprobiosos del viejo régimen en esta villa y pido que se supriman. Por ejemplo, aún tenemos un parque de Alfonso *Equis, el Sabio*. ¡Pido que desaparezca ese nombre!

Un concejal conservador, con sorna, intervino para decir:

– Esa es la cultura que nos trae la República... Alfonso X, *el Sabio*, nada tiene que ver con los Borbones, señor concejal.

A lo que, herido, replicó con arrogancia el aludido:

– Señor mío, nosotros somos trabajadores, no los Siete Sabios de Ecija...

En 1936, la guerra civil le sorprendió en León, a donde había venido como sus otros hermanos, para celebrar el santo de su madre. Cuando fusilaron a don Nicostrato Vela Esteban, jefe de los servicios municipales veterinarios y profesor de la Escuela de Veterinaria, ante la falta de veterinarios que cubrieran los servicios de León, el alcalde de la ciudad, Coronel de Infantería Sr. Usoz (que había ocupado el cargo al ser detenido y después fusilado el alcalde don Miguel Castaño Quiñones) pidió voluntarios para atender los servicios de análisis y de matadero. Se presentaron Toribio Ferrero y Antonio Díaz Ragel y fue elegido el primero, no sólo por sus méritos, sino porque Ragel tenía antecedentes liberales y, en aquellos tiempos, esa nota era pecado grave.

Concluida la guerra civil permaneció en León y, en el primer concurso, solicitó una de las vacantes del municipio, que le fue concedida a don Faustino Ovejero del Agua. Disconforme con esta resolución, Toribio recurrió, lo que motivó el enfrentamiento con los hermanos Ovejero. La producción de otra vacante resolvió el contencioso y los ánimos se aplacaron. Toribio, que había estado excedente en el Cuerpo de Inspectores Municipales Veterinarios entre 1943–45, e interino desde 1945–1948, pasó ya en propiedad de su plaza al nuevo Cuerpo de Veterinarios Titulares, desde 1948 hasta su jubilación, en 1972.

Su principal actividad profesional tuvo lugar en el Laboratorio Municipal, donde trabajó con sus amigos, el farmacéutico Alonso Burón y el médico y veterinario don Deogracias Vicente Mangas, a cuyo insaciable apetito había que ocultar las latas de conservas que esperaban a ser analizadas pues, si los caracteres organolépticos eran normales, *Deo* daba cuenta de ellas mofándose del miedo de los consumidores.

Era popular también su figura, acompañada de un ordenanza, recogiendo muestras de las cántaras de las lecheras, en la Plaza Mayor o por las calles. Don Ildefonso, alias *don Alfonso* o *el cura de los lobanillos*, como le llamaba el pueblo, se acercó un día al corro donde Toribio tomaba muestras y empleaba el lactodensímetro, rodeado de curiosos y de los medrosos presuntos adulteradores. El cura le preguntó:

– ¿Qué hace Vd. con esos cacharros?, refiriéndose al lactodensímetro, termómetro y probetas.

– Toribio, respetuoso, explicó al buen cura, que estaba un poco guillado, los fundamentos científicos de la prueba, pero el sacerdote, tomando la teja bajo el brazo, movió dubitativo la cabeza y se alejó farfullando:

– En algo hay que entretenerse.

En las fenomenales ferias de San Andrés, acudía con sus compañeros al mercado de La Corredera y trabajaba duro expidiendo certificados de compra-venta de equinos, guías de origen y sanidad u otros documentos oficiales. Con semblante alegre, veía acercarse la hora de dar cuenta de la excelente comida que servía «El Rancho Chico»

u otra taberna del contorno. Por San Juan, en la barrera de los veterinarios aparecía su imagen radiante, con un buen puro, congestivo el rostro y avispados los ojillos, tras sus gruesas gafas, siguiendo las incidencias de la lidia de unos toros que había reconocido en vida y que, más tarde, volvería a estudiar en el desolladero. Al atardecer, acudía a la tertulia del «Café Victoria», donde inevitablemente se entablaba una agria discusión con su amigo el dentista Mariano Llamazares. Alguien lanzaba la chispa, preguntando a Llamazares, gran aficionado a los toros, por la corrida. Invariablemente respondía el dentista:

– Como siempre, una mala corrida, con los toros afeitados.

Toribio, responsable del reconocimiento oficial, que veía en la aseveración de su contertulio, más que un ataque personal, una «larga cambiada» a la profesión veterinaria, replicaba con acritud y, terco como era, se enzarzaba violentamente con Llamazares, hombre agudo y de malas pulgas. Ocasión hubo en que llegó a plantearse Toribio la posibilidad de una querrela, lo que impidieron los demás compañeros de la peña.

Esa defensa de la profesión no le impedía recurrir a bromas, cuando se hallaba entre colegas, como cuando canturreaba estos versos ripiosos:

Quisiera ser millonario
Y tener mucho dinero,
Pa no ser veterinario
De la Pola de Siero.

Fue secretario y jefe de la Sección Técnica del Colegio Oficial de Veterinarios de León, entre 1940 y 1946 y Presidente del mismo en el periodo 1962–63, dimitiendo del cargo.

4. ACTIVIDADES ACADEMICAS

4.1. En los PP. Agustinos

Puede decirse que Toribio Ferrero fue hombre polifacético, erudito, de saberes enciclopédicos, de tal manera que, lo mismo explicaba Ciencias Naturales en bachillerato, que las más diversas disciplinas de la carrera de Veterinaria.

En el colegio de los PP. Agustinos se encargó de la enseñanza de Ciencias Naturales a partir del 1 de octubre de 1938 y continuó hasta su jubilación en 1972, sin interrupción. Era un profesor que permitía seguir un texto, como eje del aprendizaje, pero que hacía excursiones colaterales, que daban riqueza a la lección. Sus cualidades de excelente dibujante le permitían aclarar con facilidad las estructuras más complicadas. Aunque algo monótono en la dicción, su insistencia en lo fundamental, sus constantes referencias a nociones básicas, para apoyar otros conocimientos, y su machacona insistencia para grabar datos, hicieron que sus alumnos retuvieran información muchos años después de concluidas sus carreras, relacionadas o no con las Ciencias Naturales.

Aquellos arrapiezos, entre los que me conté, veían a uno de los primeros profesores que no era fraile, con menos respeto que el que inspiraba el hábito agustiniano. Los «bureos» y «burreos» se sucedían y Toribio, molesto ante aquella tropa indomable, exclamaba con gran regocijo de sus alumnos:

– ¡Qué cínicos, coño!

Había, no obstante, en aquel bullicioso alumnado, una admiración al seglar gordito

y colorado de escasa nariz, sobre la que cabalgaban unas gafas de concha, montadas en metal dorado, o acaso en oro. Llamaba la atención que, en las horas de estudio, aparte de mantener la vigilancia, para controlar los impulsos anarcoides de toda juventud, y no digamos si es española, don Toribio estudiara extraños libros, en los que los alumnos de la primera fila veían terneros en las entrañas de vacas, o complicados instrumentos de química. Aquel profesor que dibujaba directamente con primor la corola de una flor compuesta, o la cola heterocerca de un selacio, también estaba iniciado en otras ciencias.

Admiración, respeto y un tanto de maliciosa burla, se asociaron cuando alguien advirtió que el «Cuajo Ferral» (de Ferrero y Alonso) vendido en la farmacia de Alonso Burón, de Ordoño II, era uno de los «inventos» de don Toribio. Mezclando la consideración a aquel profesor que tales cosas sabía, con su reputación de animoso y discreto amador, y cubriendo todo con la imaginación y el ánimo jovial inseparables de los 15-17 años, la «asamblea» estudiantil (aunque entonces no se conocía esa forma de desgobierno) decidió homenajear, a su modo, al profesor. Pinto Ferré, hijo del autor de la letra del himno a León, que dibujaba notablemente bien, aparte de tocar el violín, fue llenando el encerado de las aleyuas, ocurrencias y alegorías que le dictaba el juvenil entorno. Dibujó una efigie de don Toribio, ornada de laureles, con la leyenda «Llor al inventor del «Cuajo Ferral». Al lado derecho, una balanza en cuyo platillo izquierdo, profundamente caído, reposaba un fornido bebé, con un cartel que decía: «Con Cuajo Ferral». El platillo derecho sostenía a un niño enclenque, con signos de desnutrición, de cuyo cuello colgaba una cartela en la que se leía: «Sin Cuajo Ferral». Todavía había espacio en el encerado para una alusión maliciosa: de los brazos de un bañista, que se suponía era don Toribio, saltaba una bien dotada muchacha, al tiempo que el varón emitía el ya popular grito de «¡Yuupi Trini!» Al entrar en clase el protagonista, quedó confundido al ver el encerado y, con cierta complacencia divertida, ordenó:

– ¡Borren eso!

Mientras, los alumnos aplaudíamos, mezclando coña y afecto.

4.2. En la Escuela Facultad de Veterinaria

Pocos profesores han pasado por el centro, con una formación tan amplia como la suya. Consta que substituyó a don José Marcos en la enseñanza de «Enfermedades infecciosas y parasitarias», cuando el citado catedrático estuvo de baja por enfermedad. Igualmente, y por el mismo motivo, a don Laureano González Ovejero, en la enseñanza de las disciplinas quirúrgicas y obstétricas. Otras veces se encargó de «Fitotecnia». Desde Ayudante, hasta Catedrático interino, recorrió todas las escalas, pero no logró la cátedra por mezquindades humanas, cuando hubiera sido su momento más adecuado, inmediatamente después de concluida la guerra civil.

El primer nombramiento que tuvo fue el de Ayudante interino, a propuesta del claustro, previo concurso de méritos. Está expedido por el Director General de Enseñanza Profesional y Técnica. Ejerció desde el 28 de noviembre de 1939 hasta el 18 de enero de 1941, en la cátedra de «Fisiología, Higiene y Alimentación», con el sueldo anual de 2.000 ptas.

La primera cátedra que preparó fue la de «Fitotecnia», en la que tuvo como co-opositor a don César Agenjo Cecilia. Toribio obtuvo los votos de dos vocales ingenieros agrónomos, pero le faltó el de don Pedro González, director de la Escuela de León, su presunto apoyo institucional, que temía ser desplazado de la dirección del centro por nuestro colega. La cátedra quedó desierta entonces.



Viaje de estudios en Sevilla (1946) con D. C. Sáenz de la Calzada (1), A. S. Franco (2) y la promoción correspondiente. (T. Ferrero, 3)

Con la condición de Ayudante pasó a «Inspección de Alimentos y Legislación sanitaria», con nombramiento del Ministro de Educación Nacional, de 18 de enero de 1941, hasta el 31 de noviembre de 1942, en que pasó a Auxiliar interino de «Inspección Sanitaria», hasta el 30 de diciembre de 1943. Ahora la retribución era de 3.000 ptas./año. Sin cambio de cometido, pero con la denominación de Auxiliar temporal, con la gratificación de 6.400 ptas./año, permaneció hasta el 26 de noviembre de 1949, fecha en que alcanzó la condición de Prof. adjunto interino de «Inspección y Análisis de Alimentos», con 6.000 ptas./año. Hizo la oposición y fue nombrado Prof. adjunto en 8 de julio de 1950, nombramiento que le fue prorrogado, al término del primer cuatrienio, en virtud de aquella absurda legislación. Transcurridos ocho años del primer nombramiento, tuvo que volver a opositar a la misma plaza y categoría, recibiendo el nombramiento definitivo, exento de nuevas pruebas, en 15 de julio de 1959, con prórrogas en los plazos intermedios. Ahora el sueldo era de 18.600 ptas. al año.

Cuando se dotó la cátedra –que había estado vacante, sin dotación presupuestaria durante diez y nueve años– se le encargó del desempeño de la misma, bajo la denominación de «Bromatología e Inspección de mataderos» (26 de noviembre de 1943, con 18.880 ptas. de sueldo y 6.666,66 ptas. de complemento al año). Acudió a la oposición, pero solamente obtuvo dos votos, de modo que continuó como Prof. adjunto del nuevo catedrático, don Bernabé Sanz Pérez, desde enero de 1963 hasta que este catedrático pasó a la Facultad de Veterinaria de Madrid, en 1968. Nuevamente se responsabilizó de la cátedra, hasta la incorporación de don Benito Moreno García, en enero de 1970, siguiendo a partir de esta fecha, hasta su jubilación, como Prof. adjunto.

También fue Prof. Encargado de la explicación de las asignaturas de «Higiene de la carne», e «Higiene del pescado y sus industrias», en el curso de Especialistas en Sanidad Veterinaria, desde la iniciación de esta enseñanza en la Facultad, en el curso 1955-56, hasta el de 1962-63.

Al prepararse la creación del Cuerpo de Prof. adjuntos de Universidad, en virtud de la Ley General de Educación, del ministro Villar Palasí (Ley 14/1970, de 4-VIII), Toribio Ferrero presentó la instancia para ser incluido en dicho cuerpo, con fecha 13 de noviembre de 1971, pero el cuerpo se creó en 1973, cuando ya estaba jubilado. El había advertido siempre que el problema no se arreglaría hasta que no se retirara y, lamentablemente, no pudo recibir esta mínima reparación de una Universidad a la que tanto trabajo había entregado.

Otras actividades docentes llevó a cabo como profesor de los Cursos de Diplomados en Sanidad, que tuvieron lugar en la Escuela Departamental de León, así como en numerosas conferencias sobre temas de su especialidad, tales como la inspección y análisis de la leche y sus derivados, inspección sanitaria de setas, moluscos, crustáceos y pescados, etc., etc. El marco de esta docencia fue, aparte del universitario, el del Colegio Oficial de Veterinarios, las reuniones nacionales de Veterinarios Titulares y la Universidad «Menéndez y Pelayo» de Santander.

Toribio Ferrero era hombre modesto que, pese a sus sobresalientes cualidades intelectuales, se consideraba poco dotado para la investigación científica. Realmente, tenía de la ciencia una idea excelsa, de ahí que, aunque hábil analista, sus publicaciones hayan sido parcas. Entre otras podemos citar las siguientes:

- Pruebas de laboratorio aplicables a la inspección de carnes enfermas o deficientes. *Veterinaria* (SEU de León), núm. 3, 1950.
- La tuberculosis en inspección de carnes. *Veterinaria* (SEU de León), núm. 4, págs. 33-57, 1951.
- El examen leucocitario en la investigación de las leches anormales. *Veterinaria* (SEU de León), núm. 5, 1953 (?).
- Misión del veterinario en el mejoramiento de los cueros y pieles *Ganadería* (Madrid), año XV, octubre de 1957, núm. 172.
- Principales enfermedades parasitarias del ganado y manera de combatirlas. (Ponencia presentada a la II Asamblea Nacional de Veterinarios Titulares). *Revista del Consejo General de Colegios Veterinarios de España*, vol. IV (II época), núm. 123, diciembre de 1957, pág. 35-49.
- La inspección de alimentos en el medio rural (Ponencia presentada a la *I Semana Nacional Veterinaria*, celebrada en Barcelona, en 1960. Editada por el Colegio Oficial de Veterinarios de León.

El decano Prof. Izquierdo, nombró a Toribio Ferrero primer director del Colegio Mayor Universitario «San Isidoro», creado por Decreto de 31-V-1944 (*BOE* de 17-VI) con estricta vinculación a la Facultad de Veterinaria. El fue quien lo puso en marcha, en un piso de la casa núm. 2 de la Avenida de la República Argentina. Ocupó el cargo desde octubre de 1947 hasta abril de 1962. Refería Toribio, divertido, la anécdota relativa a don Cayetano Alcázar Molina, director general de Enseñanza Universitaria, a quien se otorgó el título de Colegiado de Honor, por haber ayudado con el C.M. «San Isidoro». Este don Cayetano, que había concedido a los catedráticos una gratificación anual –las «cayetanas» se llamaban aquellas pesetas– era hombre de festivo decir, rechoncho y de poderoso abdomen, que había visitado la Unión Soviética y contaba que, cuando a unos contertulios rusos les preguntaron qué idea tenían ellos de un burgués, le habían señalado a él, apuntando hacia el vientre:

- Un tipo como éste.

Toribio fue cesado en la dirección del Colegio, por el nuevo decano, quien nombró a un maestro que ocupaba la Delegación de Información y Turismo y al que por sus aficiones a hurgarse las fosas nasales, los estudiantes llamaban *El Troglodita*. Las malas lenguas aseguraban que se le pagaban así los servicios prestados, en la forma de

avales políticos –era la época que Tuñón de Lara llama del *Avalado sea Dios*–. Los colegiales quisieron demostrar a su director que discrepaban del decano y le organizaron a Toribio un homenaje, con comida en el Restaurante Universal, ya desaparecido (estaba en el solar que ahora ocupa el monumento a los Reyes de León, junto al puente de la Estación de ferrocarril), con entrega de un pergamino. El decano montó en cólera y prohibió los actos, pero los alumnos y don Toribio hicieron algo que, seguramente, les gustó más a todos, despreocupados por las formalidades: se fueron de excursión a la montaña del Bernesga.

5. TORI, EL HOMBRE

Era un tradicionalista, sentimental, de firmes convicciones católicas, como el marqués de Bradomín. De su infancia guardó particular afecto al barrio de San Martín y la Plaza Mayor, donde anudó firmes amistades en los años en que el egoísmo y la mezquindad todavía no han crecido. La festividad del santo de Tours era fielmente celebrada en alguno de los figones del barrio, sobre todo en el de Eduardo Santos, por mal nombre *El Burro*. Este personaje, cuya esposa preparaba unos cocidos famosos en toda España, no toleraba la menor broma sobre el mote. Tenía su establecimiento en la plaza de San Martín (antigua de las Tiendas), haciendo esquina a las calles de Mulhacín y Misericordia. Toribio, con su cara de persona seria y razonable, se permitía cantar:

Vengo de Santo Tirso
Vengo mojado,
Con la manta del burro
Vengo tapado

El mesonero entendía la intención y, amoscado, se dirigía a nuestro amigo:

- Don Toribio, icuidado con las bromas!

Toribio se deshacía en explicaciones, rogando a don Eduardo (y recalca el *don*, con signos de respeto), que no malinterpretara lo que era pura expansión folclórica. Acto seguido, le bromeaba, asegurándole lo mucho que estimaba sus virtudes y, en particular, sus reconocidas *equidad* y ecuanimidad.

- Porque no me negará Vd., señor Santos que es muy *equino* en todas sus decisiones.

A lo que el inocente burlado asentía complacido.

También el *Corpus chico* contaba con la presencia fiel de Toribio, junto a los Devesa y otros miembros conocidos de familias de comerciantes y artesanos de la Plaza Mayor.

Cuando la primavera entraba en la ciudad por los portones del Ejido, Toribio acudía, como en la infancia, a tomarse unas sopas de ajo a la Venta del Labrador –a cargo de las *Zaramallas*– o de merienda a las choperas del Torío, o a los pinares de la Candamia. Estos mismos lugares eran asiduamente recorridos con sus sobrinos, ante los cuales, el Toribio de gesto huraño, a fuerza de serio, mostraba un natural tierno, capaz de los más inocentes entretenimientos. ¿Quién, de sus alumnos, podría imaginarse a don Toribio, jugando por el camino que conduce hacia las riberas del Torío, con sus sobrinos, a cada uno de los cuales adjudicaba el nombre de una fruta, con diálogos como éste?:

- Pasando por la Huerta Pasajera ¡qué melones vi!
- Miente Vd.

- ¿Sobre quién está Vd.?
- Sobre el padre cura.
- Miente Vd. ¿Sobre quién está Vd.?
- Sobre la manzana.

Y así, corriendo por los caminos, entre salgueros, chopos y negrillos hacia las márgenes frescas del río. Allí baño, tras el cual, Toribio, que había escondido el peine, fingía enfado ante sus sobrinos, «que todo lo extraviaban». Busca que busca, el tío hacía la invocación milagrera:

- Polvos, polvos de Perlimplé, ven pronto y me peinaré.



Toribio Ferrero en el Albaicín (Granada).

Sorprendentemente, aparecía el peine tras el más inocente de los espinos. Después, el juego, con cometas que él mismo hacía, aprovechando la caña de las escobas de palma. Merienda y nuevos juegos, con subida a las cumbres desde las que se descubre la Sobarriba, con su orla de montañas azuladas. Luego, la broma de fingir aparatosa caída, para que los sobrinos rieran la presunta torpeza de su tío. Un día salió demasiado

bien la caída y Toribio se fracturó tibia y peroné, ante la incrédula mirada de sus sobrinos que creían simulaba una vez más.

En el propio hogar, Toribio proseguía las bromas. Unas veces encendía un puro en la oscuridad y lo agitaba en curvas caprichosas, para avivar el fuego, ante el espanto de los pequeños. Otras construía un Nazareno, que ponía sobre una silla, a modo de andas, con entorno de velas y flores, para hacer procesiones domésticas. ¿Qué tiene que ver este Toribio, con el don Toribio que parecía sentir vergüenza al cruzarse con sus alumnos por la calle y que, un poco por timidez y un mucho porque no veía bien, parecía rehuir el saludo?

Toribio fue famoso solterón, pero no era de piedra... De su paso por Pola de Siero queda la memoria de sus amores con la hija del *Truchero* y con las distinguidas señoritas de la familia Vigil-Escalera, más una coplilla que circuló cuando resultó elegida *miss Asturias* una guapa rapaza de Felechés, alusiva a la presunta relación del veterinario con la bella:

Les medias que lleva la *miss*
Comproiles Toribiu
En Cangas de Onís

También estuvo enamorado de una rica muchacha, parienta de los Mardomingo, pero jamás se decidió a dar el paso hacia la relación formal. En los años 40, era conocida su afición a Trini, una peluquera del barrio de San Martín. En realidad, su vida sentimental estuvo condicionada por la situación de su familia pues, fallecido su padre y muerto Manuel, la madre y Julio quedaron a su cuidado. Muchas veces confesó con sinceridad que era víctima de las circunstancias de su vida familiar, pues se consideraba un excelente marido en potencia y hay muchos datos que permiten aceptar la justicia de esta opinión. El cariño a su madre fue determinante, como sucedió con su amigo Deogracias Vicente Mangas. Parece ser que ambos, que eran amigos, se decían mutuamente:

- Nuestros hijos, Tori y Deo, no son para ninguna mujer, son para nosotros.

Claro que doña Carmen, buena católica practicante, advertía los riesgos que la soltería implicaba para su hijo, por lo que lo vigilaba discretamente, tanto que, en una ocasión lo confundió con alguien que se le parecía, a quien vio acompañado de una mujer de vida ciertamente pecaminosa. La pobre doña Carmen llamó al que creía su hijo, sin obtener respuesta, y volvió desconsolada al hogar, convencida de que su vástago la había despreciado ante una pérdida.

Son innumerables las anécdotas relacionadas con sus actividades sentimentales, como ahora dicen las revistas del corazón. Pocas tienen tanta gracia como la que refería de cierta ocasión en que, con un amigo casado, acudió a la Venta de la Tuerta, con sendas *vedettes* -como él llamaba a sus compañeras de fatigas-. Tras una buena merienda, rica en jamón, cecina y chorizo, con las correspondientes libaciones, rindieron culto a Venus. Ya regresaban a León, cuando el adúltero, dándose un golpe en la frente, dijo:

- ¡Coño, Tori, si hemos comido jamón y era viernes!

Socarrón, Toribio, que tenía prevención al adulterio, se reía de la moral de su amigo, que situaba en plano superior la abstinencia, cosa, por otra parte, muy en la práctica formal e hipócrita de muchos católicos españoles.

Creyente sincero y humilde conocedor de sus debilidades, Toribio hacía diariamente la visita al Santísimo, en San Isidoro, y era miembro de la Muy Ilustre, Imperial y Real Cofradía del Milagroso Pendón de San Isidoro, con la que acudía al responso por los reyes de León, en la víspera del día de Reyes, mezclando así la fe con su amor a

León y sus tradiciones. Experto en obispos, conocía con pormenores la procedencia de todos cuantos ocupaban sedes en España y a los no residentes.

Tenía Toribio un gran desprendimiento de los bienes terrenales, que compatibilizaba con el disfrute de los mismos, cuando había ocasión. Es decir, aceptaba de buen grado los placeres de la vida, pero no era avaro de ninguno. En su historia académica, consta la renuncia de unos derechos de examen en favor de la viuda de don José Marcos, catedrático fallecido poco antes (1944). Desde Pola de Siero hacía periódicos giros de 1.000 ptas. a su madre, para el sostenimiento de la familia. El cepillo de los capuchinos contaba con sus frecuentes, cuanto discretas, aportaciones, y todos los necesitados, de cualquier condición que fueran, tenían en él una segura ayuda. Por los años 50, una excursión en tierra andaluzas de fin de carrera de los alumnos de la Facultad, se vio materialmente rodeada de pedigüños, que acudieron ante la constancia de que había unos señores muy buenos... Toribio había comenzado a repartir generosamente limosnas y la noticia había cundido. Cristiano viejo, expresa su filosofía vital con este pareado:

De este mundo sacarás
Lo que metas, nada más

Hacia el gesto de ingerir y, pícaramente, dejaba a cada cual que ampliase el sentido del segundo verso.

Otras facetas eran su discreción, un exagerado sentido del ridículo y su modestia. Cuando se jubiló y muchos de sus compañeros de claustro tratamos de que su pase a la nueva situación recibiera el reconocimiento de cuantos le estimábamos, no fue posible organizar ningún acto.

– Pero ¿tú crees que hay tantos amigos? ¡Qué va! Son conocidos, que es otra cosa.

Sólo aceptó comer con unos pocos compañeros y el obsequio de una insignia de oro, con el sello de la Universidad de Oviedo, que le regaló el decano de la Facultad de Veterinaria, aprovechando la felicitación de Pascuas, que tradicionalmente tiene lugar en la Facultad con el personal de administración y servicios, el 22 de diciembre. No tuvo Toribio espíritu competitivo, ni envidia, ni agresividad de ningún tipo. «Más vale tener paz que tener razón» era máxima que resumía su estado de ánimo, cuando las cosas no salían conforme a sus planes.

Toribio fue hombre culto, en el sentido más noble y lato de la voz. Contribuía a ello su prodigiosa memoria, al servicio de la cual ponía su permanente inquietud intelectual y cierta finura de espíritu, que había heredado de su padres. Unos pocos compases que oyera, le bastaban para identificar la composición a la que pertenecía, lo mismo si se trataba de una sinfonía que de una coplilla callejera. Igual tarareaba la *Oda a la alegría*, con la novena sinfonía de Beethoven, que tanta fuerza presta a la obra de Schiller que, llevando el compás con el pie y dando rítmicos golpecitos en su redonda rodilla, entonaba bajito, en la terraza del bar Colón, ante la catedral (lugar al que él llamaba en verano «mi playa»):

Y los niños cantan a la rueda, rueda
El viejo estribillo que el viento se lleva
¡A la lima y al limón,
Ya no tienes quien te quiera... etc.

En cuanto a las manifestaciones plásticas del arte, contaba siempre con su devoción. Por línea materna, como ya dijimos, los López Merille habían dado pruebas de su capacidad para el dibujo y la miniatura y el propio Toribio dejó excelentes muestras de

su aptitud, aparte de la demostración cotidiana en sus clases. Sus alumnos recordamos la sencillez y facilidad con que esquematizaba los caracteres de una flor o los diferentes tipos de hojas, o los rasgos diferenciales de diversas familias de peces.

Viajar a Madrid significaba para él, naturalmente, buenos restaurantes, visitas a museos y, si se terciaba, «vender una escoba»... Tampoco olvidaba el teatro, la zarzuela o un concierto. Curiosamente, esta afición artística la enmascaró muchas veces con una inexistente afición al fútbol. Los socios de la Cultural y Deportiva Leonesa recordarán su presencia en los autocares del club en multitud de ocasiones, acompañado de su compañero y amigo Enrique Robla. Lo que muchos no sabían es que sólo excepcionalmente iba a ver el partido: aprovechaba el tiempo para visitar iglesias, castillos o paisajes urbanos, y para acudir a los lugares donde se servía cocina propia de la región y, únicamente cuando llegaba la hora de retornar a León, preguntaba discretamente por el resultado del partido.

Esta misma práctica ejerció durante su estancia en París. Acompañó a un equipo francés que había de jugar en Londres, cuya ciudad quiso conocer. De aquella visita guardaba una profunda antipatía hacia los británicos pues, según contaba, se había acercado a un *bobby* para preguntarle por una determinada dirección y el guardia, que no comprendía el francés, idioma que empleó Toribio, siguió dirigiendo la circulación sin hacerle el menor caso. Muchos años después, Ferrero acudía a las clases de inglés que daba en la Cámara de Comercio don Waldo Merino Rubio y explicaba, poniendo cara de niño travieso, que él sólo quería aprender lo suficiente para poder conversar y, cuando llegaran turistas ingleses preguntando por la catedral, enviarlos en dirección a la plaza de toros.

Poco conocida era su afición a la astronomía. Disponía de un telescopio y enseñaba a sus amigos los misterios del firmamento, en las claras noches de León. Su cultura desbordaba lo meramente cósmico, de manera que sus alumnos en la exploración del espacio, recibían también razones sobre el origen de los nombres de las constelaciones, desde las ideas de los chinos, babilonios y caldeos, hasta el *Almagesto* de Ptolomeo, y las contribuciones de Copérnico, Kepler, Galileo o Newton. Mezclando ciencia con arte, la conversación se sazónaba con la descripción de los mitos de la tradición greco-romana y las aportaciones arábigas, para terminar hablando de pintura con la hija de Montesión, o de setas, con su amigo Zugaza.

Políticamente sería difícil definir a Toribio, como no fuera situándolo en lo que se ha dado en llamar *gente de orden*. Posiblemente estaba conforme con Goethe, en preferir la injusticia al desorden, no tanto porque fuera insensible a aquélla, que no lo era, como por su espíritu mesurado. Le molestaban los extremismos y, dentro del catolicismo, creo que su lugar estaba en la democracia cristiana, con fuerte pigmentación liberal. De hecho, al iniciarse la guerra civil figuró como adherido a Acción Popular, que tenía tintes democristianos. Sin embargo, fue un franquista convencido, tanto porque aceptara el ideario que informó el régimen del general, como por la paz y el orden formales que lo acompañaron, tras la amarga experiencia de los últimos años de la II República.

Las tertulias, a sus debidas horas y lugares, ocuparon parte de la vida de Toribio. Antes de comer y tras la jornada de trabajo de la mañana, uno o dos vasines de vino de la tierra y, en verano, sendas cañas de barril, con sus correspondientes tapas, marcaban el final de la mitad de la jornada. Tras la comida, la tertulia en el Café Victoria, con Pachín Roa, Higinio Guerra, Mariano Llamazares, Julián de León, Enrique Robla, Deogracias Vicente Mangas y otros muchos amigos. Se hablaba de lo divino y de lo humano, muchas veces acaloradamente, sobre todo cuando se enfrentaba con Llamazares o Deogracias, por otra parte muy buenos amigos suyos. Toribio era muy «ne-

cio» (terco) y sus adversarios no le iban a la zaga. La tarde, una vez cumplidos los deberes, podía distinguirse con alguna merienda en los innumerables lugares de que dispone León para menesteres de tal naturaleza. La cecina entrecocida (de «Dios nos libre», llamada a la de castrón, o de vaca), las mollejas, el pulpo y otros componentes de la cocina del N.O. de España, contaban con su adición. Comiérase lo que fuera y aunque hubiera tomado licor, el último líquido que Toribio empleaba para cerrar el paréntesis, era un vaso de vino tinto. Bueno, si la ocasión lo demandaba, no faltaba un buen puro.

Este hombre bueno, de sólidas virtudes y de humanas debilidades, invocó su derecho a morir, el día de Todos los Santos, de 1979. Ante médicos y familiares, renunció a ser hospitalizado y, con toda serenidad, confesó que había vivido suficiente y suficientemente bien, con unos años de propina, y que ya no quería más. El Señor en quien creyó, le habrá acogido, como deseamos sus muchos discípulos y amigos, en su seno.

EXTRACTOS DE TRABAJOS PUBLICADOS EN OTRAS REVISTAS